

Fuímos a ver al otro lado la Huerta del Rey, que es un palacio real; pasamos el puente grande, a continuación del cual hay un arrabal donde está el hospital mayor y algunas iglesias de devoción. Yendo a esa hermosa casa vimos al cabo de ese puente una máquina, a manera de bomba, para elevar las aguas del río y llevarlas por todos los jardines de ese palacio que Felipe IV hizo construir para servirle de lugar de recreo cuando venía a pasearse por Valladolid, lugar de su nacimiento. Se nota entre todas las edificaciones de ese palacio una gran galería que tiene la vista sobre el río, que le sirve de gran canal, y sobre todos los jardines de esa hermosa casa, donde se ven los más hermosos árboles frutales de toda España. Se deben también ver en Valladolid los palacios del marqués de Navarrés, del conde de Benavente y la casa Ayuntamiento en la plaza del Incoronado ²¹.

Marchamos de allí para ir a Carrión, pueblo en el que pasamos un río por un gran puente de piedra. Es preciso notar que por toda España hay hermosísimos puentes, y que todos ellos son de grandes piedras, en las que, ordinariamente en el centro, están representadas las armas de Castilla y de León, como sobre éste, que da entrada a un llano muy hermoso, donde está la abadía de Niago, y más adelante la Venta Triguera. Allí dormimos...

Y al día siguiente fuímos a almorzar a Dueñas..." (pp. 777-778).

Selección y notas de

JESÚS M.^a CAAMAÑO

INAUGURACION DE CINCO NUEVAS SALAS DE PINTURA EN EL MUSEO

Hállanse éstas en el piso alto, en la parte del antiguo Colegio de San Gregorio conocida con el nombre de "Las Azoteas". Allí se agrupan las pinturas que, dispersas, se perdían hasta el momento entre las tallas. Al llegar a la sala en cuyo centro se exhibe la realista cabeza de San Pablo, de Villabrille, el visitante, girando en torno a ella para mejor contemplarla, pasaba, sin percibirlo, a las salas que se sucedían en el ala inmediata. Ahora, las cinco nuevas salas de pintura, presididas por el gótico retablo de La Mejorada, que

²¹ *La Rinconada.*

se ofrece al fondo, recuadrado por los arcos de comunicación de las mismas, arrastra la mirada y los pasos del visitante. Dentro del Museo Nacional de Escultura, las nuevas salas tienen un aire de grato recogimiento y constituyen una sorpresa, incluso para el conocedor de las pinturas, al verlas allí reunidas y adecuadamente expuestas.

El retrato del Conde de Gondomar, de porte velazqueño; los tonos claros y gozosos de las alegorías de Conrado Giaquinto; el cuadro de Roelas, conmemorativo de la procesión que en 1615 celebró el pueblo sevillano en favor de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción; los grandes cuadros de Rubens, procedentes de Fuensaldaña; un bodegón, del estilo de Frans Snyders; dos paisajes, del holandés Juan Both; un bodegón con figuras de medio cuerpo, tenebrista, de probable adscripción a la escuela napolitana; la deliciosa Huída a Egipto, de Bartolomé González; la Sagrada Familia, de Diego Valentín Díaz; el Milagro de las Rosas, de Antonio de Pereda; los Desposorios de la Virgen, de Palomino; los nombres, en fin, de Carducho y de Lucas Jordán, con su característica pincelada, rápida y suelta, representado por dos lienzos de ágil factura, son exponente de la calidad y diversidad de las obras que se ofrecen en las cuatro primeras salas.

La última, con todo, constituye un digno broche. Junto al citado retablo de La Mejorada, atribuido a Jorge Inglés, están las tablas del Maestro de San Ildefonso; la monumental Anunciación, de Gregorio Martínez; el conjunto del Maestro de San Antonio; el Calvario, de Alonso Berruguete. El Calvario, de Berruguete, subraya una vez más su condición del escultor y pintor en una pieza —su concepto escultórico de la pintura y su concepto pictórico de la escultura— y se eleva a documento de máximo interés como índice de las tendencias artísticas actuantes en su formación.

Las nuevas salas del Museo son un acierto y un logro, que ha de agradecerse a su Director don Francisco de Cossío. Las pinturas, cuidadosamente restauradas por don Sinforiano del Toro, se disponen con buen gusto. Allí se pueden contemplar ahora, separadas de las obras maestras de los escultores, las de los pintores vallisoletanos, representados por el Maestro de San Ildefonso, Berruguete, Gregorio Martínez, Bartolomé González, Diego Valentín Díaz y Antonio de Pereda.